

LA EXPOSICION MUNDIAL COLOMBINA DE CHICAGO, 1893

POR JUAN M. MARTÍNEZ MORENO

Del 1 de mayo al 31 de octubre de 1893 Chicago celebró su «WORLD'S COLUMBIAN EXPOSITION», que fue, quizás, la manifestación más importante y popular de cuantas se organizaron en el Mundo para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América. En estos años en que Sevilla, con la prometida ayuda de toda España, está en camino de realizar una magna exposición en el V Centenario, la rememoración de la de Chicago de hace casi un siglo puede ser interesante e ilustrativa.

Gracias a aquella exposición, primera de carácter universal celebrada en tierras americanas, Chicago se situó al nivel de las grandes ciudades europeas, Londres, París y Viena, que desde 1851 venían organizando certámenes que mostrasen las maravillas del progreso científico e industrial, a cuya cabeza estaban entonces sus respectivos países.

Una consecuencia de la Exposición de Chicago, tal vez no planeada, pero que resultó muy beneficiosa para la política exterior de los Estados Unidos, que se basaba todavía en la doctrina de Monroe, fue la de *personalizar* el Descubrimiento de América, centrándolo en la figura de Cristóbal Colón. Puesto que Italia apenas existía aún como nación y Génova había dejado de serlo tiempo atrás, la hazaña quedaba así *desnacionalizada*.

La inmensa labor de España y, más tarde, de Inglaterra, Francia y Holanda para llevar la civilización occidental a los nuevos territorios se ignoraba por completo, focalizando la atención mundial en el *héroe* Colón y en los Estados Unidos, que le rendían homenaje. El 12 de octubre sería, en adelante en aquel país, el *Columbus Day*, fiesta de los emigrantes italianos, y los «Caballeros de

Colón», *The Knights of Columbus*, casi se convertirían en una orden nobiliaria.

La Exposición Mundial de Chicago fue un gran éxito para la ciudad y para toda la nación, incluso desde el punto de vista crematístico, pese a la dura crisis económica de 1893. La visitaron 27 millones de personas y se construyó en poco más de dos años, tiempo *record*, habida cuenta del número de sus edificios, que se aproximaba a los 200, de la magnificencia de muchos de ellos y de los medios de construcción de la época, muy inferiores a los actuales. Entre las novedades científicas y técnicas que se pudieron admirar allí figuraban el «*kinematoscopio*» de Edison, uno de los precursores del cinematógrafo, las *corrientes de alta frecuencia* de Tesla y el gran *telescopio de Yerkes*. También debe mencionarse, como obra de ingeniería, la *noria o rueda gigante de Ferris*, semejante pero anterior en ocho años a la que todavía existe hoy en el *präter* de Viena.

1. HISTORIA

La idea de realizar en los Estados Unidos una feria mundial conmemorativa del IV Centenario del Descubrimiento de América tuvo posiblemente como antecedente más importante el éxito alcanzado por la celebración del centenario de la independencia de la Unión en la ciudad de Filadelfia. Ya en 1885 había grupos de hombres de negocios que contemplaban seriamente la posibilidad de organizar en Chicago una manifestación mundial de este tipo. Habían pasado 14 años desde el famoso incendio de 1871, que a punto estuvo de destruir por completo la ciudad, mas su reconstrucción fue rápida y animosa, pues ya en 1873 contaba Chicago con un edificio dedicado especialmente a las exposiciones y actos públicos, en el que se celebraron diversas reuniones interestatales y convenciones políticas. Fue de allí de donde partió, en 1885, la primera propuesta de celebrar en 1892 una exposición colombina mundial de porte equiparable al de los certámenes universales que venían realizando algunas ciudades europeas.

El proyecto tenía que ser respaldado, lógicamente, por el Gobierno Federal. En 1886 designó el Congreso americano una Comisión que estudiara las diferentes iniciativas y programas de las ciudades de la Unión que abrigaban pretensiones análogas a las

de Chicago. El trabajo de la Comisión fue lento al principio, pero en 1889 el éxito de la gran Exposición Universal de París (la inmortalizada por la Torre Eiffel) recrudeció el forcejeo que, para convertirse en sede del proyectado certamen, mantenían New York, Chicago, New Orleans, San Luis Missouri y hasta la propia capital federal, Washington; si bien la rivalidad principal estuvo entre Chicago y New York. Quizás lo que más influyó a favor de Chicago fue la prueba que dio de su decisión y firmeza de propósito al constituir en ese mismo año de 1889 una sociedad titulada «World Exposition of 1892», que emitió y cubrió enteramente cinco millones de dólares en acciones de 10 \$, y cuya primera actividad consistió en enviar sendos grupos de representantes a Washington para apoyar la candidatura de Chicago, y a París para estudiar desde dentro la estructura y la organización de una exposición internacional. La lucha no se decidió finalmente en el Congreso hasta el 24 de febrero de 1890, y la Ley que autorizaba la exposición con carácter mundial la firmó el Presidente Harrison el 25 de abril, enviándose invitaciones a todos los países del Mundo.

La participación extranjera fue importante: 46 países, de los que 19, incluida España, contaron con pabellones propios, siendo el mayor el de Alemania y el más celebrado el de Brasil. Novedosas e importantes fueron, entre las actividades organizativas, la creación de un Departamento de Publicidad y los aspectos numismático y filatélico. El Gobierno Federal acuñó una moneda de plata de 1/2 \$ con la efigie de Colón en el anverso y la de la nao SANTA MARIA en el reverso. La emisión fue de cinco millones de monedas, que se donaron a la Sociedad organizadora y que sólo se vendían dentro del recinto de la Exposición al precio de un dólar, por lo que se habrían podido llegar a recaudar cinco millones de dólares, la mitad de los cuales los pagaban en realidad los visitantes. La primera moneda la compró la fábrica Remigton de máquinas de escribir en 10.000 \$ y la tenía expuesta en su «stand»; pero éste y similares ejemplos no cundieron, sin duda porque el público miraba más el dinero que ahora y no quería pagar duros a 10 pesetas, por lo que la emisión no se vendió entera en la Exposición, pasando el sobrante, con posteriores emisiones del mismo cuño, a circular a su valor facial por todo el país. Todavía hoy, el medio dólar de colón se encuentra a un precio muy asequible en el mercado numismático.

En cuanto a la filatelia, que ya era una afición muy generalizada en la época, se emitieron 16 sellos de correos representando escenas de la vida de Colón basadas en obras de arte españolas y americanas. Fue la primera serie conmemorativa de sellos que se hizo en el Mundo, con tiradas muy diversas para los distintos valores, desde solamente 25.000 ejemplares para el 5 \$ hasta 2.000 millones (más que habitantes tenía entonces la Tierra) para el de 2 c. La emisión tuvo lugar el 1 de enero de 1893, por lo que sirvió de propaganda previa a la Exposición, que no abrió sus puertas hasta mayo, y se siguió vendiendo durante la misma. Los sellos que sobraron fueron quemados en 1894 en Washington, destruyéndose las planchas originales; por eso su precio en el mercado filatélico no ha hecho más que aumentar desde entonces, llegando a ser en algunos casos mil veces superior al facial. También se emitieron sobres con franqueo impreso representando a Colón, la Libertad y el Escudo Americano, y tarjetas *oficiales* impresas al dorso de los enteros postales de 1 c. de Grant, en circulación entonces.

2. ASPECTOS ARQUITECTONICOS

La arquitectura constituyó, sin ninguna duda, el rasgo más saliente de la Exposición de Chicago, influyendo poderosamente en todo el país, hasta el punto de que algunos comentaristas piensan que fue la causa de que se retrasara considerablemente en América la introducción de las nuevas corrientes funcionales.

Los arquitectos contratados en 1890 para el diseño de la Exposición fueron Frederick Law Olmstead, para los aspectos de estructura y urbanísticos, y el grupo formado por Burham y Root para los edificios. La fama de Olmstead provenía de su participación en la creación del Central Park de New York y en la del Riverside del propio Chicago. En cuanto a Burham y Root, habían establecido cuatro años antes en Chicago una importante firma de construcción y colaborado, el primero de ellos, en la erección de la catedral de San Patricio de New York.

En diciembre de 1890 Root presentó un anteproyecto de instalación de la Exposición en el Jackson Park, zona verde situada a orillas del lago Michigan, unos 15 km. al sur del centro de Chicago, con una superficie de 264 hectáreas. La elección de esta zona fue probablemente vital, no sólo para el éxito del certamen, sino para

su propia viabilidad, dada la escasez del plazo disponible, porque no requería más infraestructura que la urbanización de los terrenos, sin estar supeditada a obras de mayor envergadura, o que dependieran de entidades distintas del propio Comité de Organización. Los accesos eran fáciles, por el lago Michigan y por la línea sur de los ferrocarriles de Illinois.

El proyecto de Root fue pronto aprobado y se les dio carta blanca a él y a Burham para encargar las construcciones previstas a los arquitectos que libremente designaran, habida cuenta de las dificultades que podría suponer la realización del proyecto general si cada selección había de hacerse mediante un concurso previo e independiente. No faltaron, como era de esperar, las críticas a esta decisión. A principios de 1891 falleció Root de una pulmonía, convirtiéndose ante el gran público en el «genio» de la Exposición (como sucedió con Aníbal González en la de Sevilla de 1929), a quien se debería todo lo bueno y en contra de cuya sana opinión estaría todo lo que saliera mal. Le sustituyó Atwood, un arquitecto importante, creador del único de los pabellones que ha sobrevivido hasta nuestros días; pero la dirección de las obras siguió a cargo de Burham; los arquitectos por él seleccionados formaron, como se había previsto, un grupo muy homogéneo, unido por numerosos lazos de amistad y de escuela; en algunos predominaban los aspectos ingenieriles de la profesión y en otros los artísticos, por lo que realmente se complementaban. Muchos de ellos habían ampliado sus estudios en París, y la influencia francesa se hizo evidente en el conjunto de las edificaciones, de un neoclasicismo interpretado a la manera del Segundo Imperio. Por razones de uniformidad, facilidad de aplicación y limpieza, se eligió el color blanco como obligatorio para las fachadas de los pabellones de la zona principal de la Exposición, construida alrededor de un estanque alargado, o «dársena», de grandes proporciones, que se comunicaba con el lago Michigan. A esta zona se le dio oficialmente el nombre de «Corte de Honor», pero el público la bautizó como: «**The White City**», la «*Ciudad Blanca*», que, por extensión, ha perdurado para toda la Exposición. La impresión que este conjunto producía en el visitante, según registran numerosos escritos de entonces, era la de haber sido trasladados a otra época, pero no del futuro, como sucede en muchas exposiciones actuales, sino de un pasado esplendoroso que seguramente no existió jamás, de una Grecia o de una Roma idealizadas y grandiosas. Un espectador de nuestros

días, conocedor de los grandes filmes sobre el Imperio Romano, podría pensar que se encontraba en un fabuloso «plateau» cinematográfico; pero ni en 1893 había todavía cine, ni la Ciudad Blanca de Root y Burham fue un decorado, ni un «pastiche», sino algo auténticamente hermoso y convincente. El ligero tinte francés de estilo Segundo Imperio antes aludido (piénsese en el Petit Palais o en el Puente de Alejandro sobre el Sena) contribuía a darle mayor encanto, pues el americano medio de la época, poco viajado todavía y sin el amargor de las guerras, soñaba ilusionado con París.

3. LOS GRANDES PABELLONES

Doce fueron los grandes pabellones de la Exposición de Chicago: **Administración, Agricultura, Bellas Artes, Electricidad, Gobierno Federal, Horticultura, Manufacturas, Maquinaria, Minas, Pabellón de la Mujer, Pesquerías y Transportes.** Otras dependencias importantes fueron el llamado «stock», parecido a una plaza de toros ovalada, en la que se hacían exhibiciones de ganado; un teatro; un auditorio capaz para 2.000 personas; una estación lacustre sobre el Michigan, y otra, monumental, del ferrocarril. De los Estados de la Unión, 36 construyeron pabellones, destacando, como era de esperar, el de Illinois, por su tamaño y elevada cúpula. También contaron con pabellones propios 19 de los países participantes. A estos 72 edificios hay que agregar una multitud de pabellones comerciales y construcciones diversas hasta sumar casi 200.

La figura 1 es un plano esquemático de la Exposición donde se pueden localizar los grandes pabellones, que se enumeran en la Tabla I con indicación de su superficie, costo y nombre del arquitecto encargado de su proyecto y ejecución. Se ve en el plano que los dos grandes ejes de la Exposición fueron, de este a oeste, la gran dársena de 325 m. de largo y 100 de ancho, entre la estación del ferrocarril y el lago, del que recibía las aguas bajo una bella columnata, y de norte a sur la Laguna con una gran isla en el centro que servía de zona de reposo. La dársena y la Laguna se comunicaban entre sí mediante un canal y esta última se prolongaba, hacia arriba, con el Estanque Norte y, hacia el oeste, con un riachuelo que llevaba sus aguas nuevamente al lago Michigan. Existía, por

tanto, un circuito acuoso que permitía visitar toda la Exposición en lanchas o góndolas que pudieran pasar bajo los numerosos puentes.

El que llegase por ferrocarril se encontraba, al salir de la lujosa estación, en una gran plaza construida en torno al pabellón de la **Administración**, hermoso edificio de planta cuadrada coronado por una alta cúpula, donde se ubicaban, además de los despachos y salas de juntas, los servicios de vigilancia y limpieza de todo el recinto, los de bomberos, una estafeta de correos con espacio para exposiciones filatélicas, y una oficina bancaria.

Desde la cúpula de este pabellón, a 76 m. sobre el suelo, la vista que se dominaba era fabulosa: a la izquierda, entre la plaza y la Laguna, los pabellones de **Minas** y de **Electricidad**, con sus múltiples torretas que le daban un aspecto similar al del Palacio de Comunicaciones de Madrid; al frente, la imponente dársena de una longitud como la de la calle San Fernando de Sevilla, en cuyo extremo oeste, bajo el espectador, se alzaba la fuente monumental de **Columbia**, obra del escultor **McMonnies** en forma de nave portadora de varias deidades olímpicas. Al otro extremo se erguía la estatua de la **República**, de 23 m. de alto, obra de **French**, el autor de la conocida escultura que representa a **Lincoln** en **Washington**. Tras ellas cerraba el paisaje el llamado «peristilo», obra de **Atwood** consistente en un gran arco de triunfo coronado por una cuádriga, con doble columnata jónica, a derecha e izquierda, que soportaba un mirador con balaustrada sobre el lago **Michigan**, uniendo entre sí dos grandes edificaciones: el «**auditorium**», capaz para 2.000 personas, y el «**casino**», usado también como estación lacustre. A izquierda y derecha de la dársena se situaban los pabellones de **Manufacturas**, de **Agricultura** (con la bella estatua de **Diana**, de **Augusto St. Gaudens**) y de **Maquinaria**.

Los restantes grandes edificios de la Exposición estuvieron todos situados alrededor de la Laguna, notable creación del urbanista **Olmstead**, que todavía existe en el **Jackson Park** de nuestros días. Al norte de ella reflejábase artísticamente en el agua el pabellón de las **Pesquerías**, semejante en su arquitectura al bastión de los pescadores de **Budapest**, en cuyo interior había un gran acuario de agua del mar que había que transportar desde muy lejos.

Continuando el recorrido hasta el extremo norte de la feria se llegaba al **Pabellón de Bellas Artes**, a orillas de un hermoso estan-

que alimentado con aguas de la Laguna. Este edificio, debido a Atwood, es el único de la Exposición que ha sobrevivido hasta nuestros días. Allí hubo obras de Sorolla, y un supuesto retrato de Colón de escuela veneciana, atribuido a Lorenzo Lotto, que fue reproducido, junto al de Isabel la Católica de la Cartuja de Miraflores, en el sello de 4 \$ de la serie conmemorativa.

Otro gran pabellón, también a orillas del Estanque Norte, era el de la **Mujer**: una gran conquista en aquellos tiempos de incipiente, mas ya virulento, feminismo. Fue el único de los grandes pabellones de la Exposición cuyo proyecto se adjudicó por concurso, ganado, naturalmente, por una arquitecta: Sofía G. Hayden, del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Fue también, significativamente, el de *presupuesto más reducido*.

En la orilla oeste de la Laguna había un **Teatro**, con pórtico de columnas dóricas, y, más adelante, el alargado edificio del **Pabellón de Transportes**. Lo más grandioso de él era la entrada, formada por una gigantesca media bocina de seis arcos concéntricos sobre las puertas de acceso, conjunto al que se llamó «**Puerta del Sol**», que contrastaba, por su profusa decoración en vivos colores, con el blanco de la Corte de Honor.

4. LA PARTICIPACION DE ESPAÑA

El pabellón de España, situado, con los de los otros países, en el norte de la Exposición, a orillas del lago Michigan, era una reproducción a tamaño real de la Lonja de la Seda de Valencia, en donde se exhibían manufacturas típicas de nuestro país.

Al otro extremo de la Exposición, sobre un promontorio al sur de la estación lacustre del «Peristilo», se encontraba nada menos que el **Monasterio de la Rábida**, en réplica construida por los arquitectos del vecino Pabellón de Agricultura, McKin, Mead y White, por encargo de un grupo de expositores, que instalaron allí una clínica para urgencias y una especie de casa de reposo. En la actualidad sólo existe sobre ese promontorio un mirador, pero el nombre *LA RABIDA* se ha conservado en el rótulo: «**La Rábida Children's Hospital**», de un edificio muy próximo que se construyó en 1931.

De las contribuciones españolas, lo más atractivo para los visitantes fueron, sin duda, las réplicas de las naves del primer viaje de

Colón, hechas en los astilleros de La Carraca (Cádiz) siguiendo planos muy documentados históricamente del ingeniero naval don Cesáreo Fernández Duro, director del Museo Naval de Madrid, y de su constante colaborador el conservador del mismo y eminente artista don Rafael Monleón. La réplica de la **SANTA MARIA** la mandó construir el Gobierno español para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento. Repitió en 1892, por sus propios medios, el viaje de Colón, siendo recibida en La Habana con los honores de una gran parada naval en la que intervinieron barcos de guerra españoles, americanos y de otros países. Desde Cuba fue remolcada, en 1893, hasta el lago Michigan y anclada en una pequeña rada natural que ahora se usa como puerto deportivo. Quedaba al lado de la estación lacustre, en plena «Corte de Honor» de la Exposición y bajo el promontorio donde se asentaba el Monasterio de La Rábida. Sus hermanas **LA PINTA** y la **NIÑA**, construidas también en Cádiz, pero ya por encargo del Comité Organizador de Chicago, fueron remolcadas hasta el mismo lugar por barcos americanos.

Entre las personalidades españolas invitadas oficialmente a la Exposición figuraron la Infanta doña Eulalia de Borbón y el entonces Duque de Veragua, don Cristóbal Colón, con su esposa. Sobre estos últimos ha publicado recientemente M. Sheppard un artículo en la revista norteamericana **DISCOVERY**, con fotografías y reproducciones de documentos originales.

5. DE PASEO POR LA EXPOSICION

A la Exposición se podía llegar en barco por el lago Michigan, en ferrocarril elevado o en tranvía desde el centro de Chicago. La entrada, un bonito «ticket» en forma de billete de banco que llevaba la imagen de Washington, de Colón, o la del Gran Jefe Pocahontas, costaba medio dólar; pero ése era solamente el primer gasto, porque muchas de las exhibiciones de interés y, por supuesto, de las atracciones requerían el pago de entradas adicionales, calculándose en 12 \$ lo que había que gastar una persona para verlo todo, sin incluir comidas, transportes ni compra de recuerdos; ¡ah! y sin hacer fotografías, porque llevar una cámara costaba otros 2 \$.

Una visita completa de todo lo expuesto se calculó que requere-

riría andar 240 km. y permanecer tres semanas en la feria; pero había muchos transportes interiores: una vuelta en góndola por la dársena y la laguna costaba 50 c. de \$; por tierra se podía hacer el recorrido de los principales pabellones en un trenecito eléctrico por 20 c. Los ascensores a las diferentes terrazas y miradores costaban 10 c. Hasta una silla para sentarse a descansar tenía que ser alquilada, también por 10 c. El medio de transporte más cómodo y original eran unas sillas de ruedas, como las de los hospitales, que costaban a 40 c. la hora, o 6 \$ todo el día, y eran empujadas por estudiantes. Como la mayoría procedían de la Facultad de Teología, se les llamó «carrozas evangélicas».

Lo más caro, pero también lo más interesante para una gran parte del público, fueron, naturalmente, las atracciones, que se concentraban en la gran avenida de entrada «**Midway Plaisance**» (como nuestra «calle del infierno»): había allí una reproducción a escala reducida de la Torre Eiffel; una calle de El Cairo, con suntuoso bazar; una taberna argelina, donde se bailaba la «danza del vientre»; la deliciosa «Vieja Viena»; la «aldea irlandesa», tan del gusto de los emigrantes de aquel país; el «zoo» de Hagenbeck, que en algo recordaba al famoso de Hamburgo, etc. Lo más importante fue la **Gran Rueda de Ferris**, cuyo eje de 15 m. era entonces la pieza de acero más pesada del Mundo. Su diámetro fue de 83 m., con 36 cabinas, capaces cada una para 60 personas que eran elevadas sobre la feria, con grandioso panorama. Como obra de ingeniería fue considerada digna rival de la Torre Eiffel, anticipándose en ocho años a su gemela del *präter* de Viena, la «**Reisenrad**», inmortalizada en la película «El Tercer Hombre». Su construcción y gastos durante la feria ascendieron a 400.000 \$, pero, a 50 c. por persona la subida, recaudó 727.000 \$.

6. FINANZAS Y... MUSICA

Desde el punto de vista económico, la Exposición de Chicago fue sólo un negocio mediocre; su presupuesto de 30,5 millones de dólares se cubrió con los ingresos y hasta se pudo repartir un dividendo del 10 % a los accionistas, lo que no es mucho si se tiene en cuenta que el dinero estuvo comprometido tres años. De los 27,5 millones de visitantes, hubo seis millones que no pagaron entrada, rebajando los ingresos en tres millones de dólares, con los cuales

se hubiera podido financiar casi la mitad de los grandes pabellones. Las cosas aparentemente secundarias: los transportes, las entradas suplementarias, la venta de tarjetas y recuerdos, el alquiler de espacios para las atracciones, etc., fueron las que hicieron posible, al final, nivelar los gastos con los ingresos y dejar el pequeño beneficio apuntado. Hubo muy buenos negocios, como la rueda de Ferris; pero hubo también fracasos que costaron mucho dinero.

Entre estos últimos merece mencionarse, por sus consecuencias artísticas, el «*spectatorium*» de Steele Mackaye, que tenía que haber sido lo que hoy se llamaría un «*espectáculo de luz y sonido*» que representaría en local propio escenas del Descubrimiento de América, impresionantes para el público por la grandiosidad de los efectos luminosos y musicales. El proyecto falló, por causas diversas (entre ellas, el pánico bursátil de 1893, el mayor conocido hasta entonces en América), que hicieron imposible conseguir los créditos necesarios para completarlo, cuando ya se habían gastado en él 850.000 dólares. De la música para este proyecto se encargó a un maestro europeo, profesor invitado desde 1891 del Conservatorio de New York, que se llamaba Antonin Dvorack. El «*spectatorium*» no llegó a funcionar... Pero la «*Sinfonía del Nuevo Mundo*», creada en gran parte para él, se estrenó el 15 de diciembre de aquel mismo año en el Carnegie Hall de New York. Fue, con mucho, la mejor inversión de la Exposición de Chicago.

7. SIC TRANSIT...

El 31 de octubre de 1893 la Feria Mundial Colombina de Chicago cerraba sus puertas; sin ceremonias, porque dos días antes el Gobernador de la Ciudad había sido asesinado al salir de su casa, y a esas cosas se les daba todavía entonces mucha importancia...

Dos sociedades se constituyeron para liquidar cuanto quedase de valor en la Feria, y un incendio destruyó, en 1894, gran parte de la «Ciudad Blanca». En 1933, cuando Chicago celebró su segunda exposición universal, titulada «**A CENTURY OF PROGRESS**» (cuyas puertas se abrieron con un mecanismo activado por la luz que había salido de la estrella Arturo en 1893), el antiguo **Pabellón de Bellas Artes** de Atwood fue remozado y ampliado, recibiendo muchos aparatos y recuerdos de este segundo certamen

mundial, por lo que pasó a ser **Museo de la Ciencia de Chicago**, en cuya función continúa. Este edificio, la Laguna de Olmstead, y el nombre «La Rábida» en el rótulo de un hospital, son lo único que queda de la Feria Colombina en Jackson Par, que es hoy de nuevo una zona verde rodeada por el tráfico de la inmensa Chicago.

A casi un siglo de distancia en el tiempo, se puede decir que la «**WORLD'S COLUMBIAN EXPOSITION**», que fue una maravilla y que se montó en un tiempo inverosímil para la época, no proporcionó prácticamente a Chicago ninguna mejora urbanística ni ornamental, a diferencia de lo ocurrido en España con las exposiciones de 1929, en Barcelona y en Sevilla. ¿Qué sucederá con la que ahora se proyecta con tanta ilusión para 1992 en la capital andaluza? ¿Se cumplirán las ambiciosas esperanzas que se han puesto en ella? Hagamos votos para que sea así.

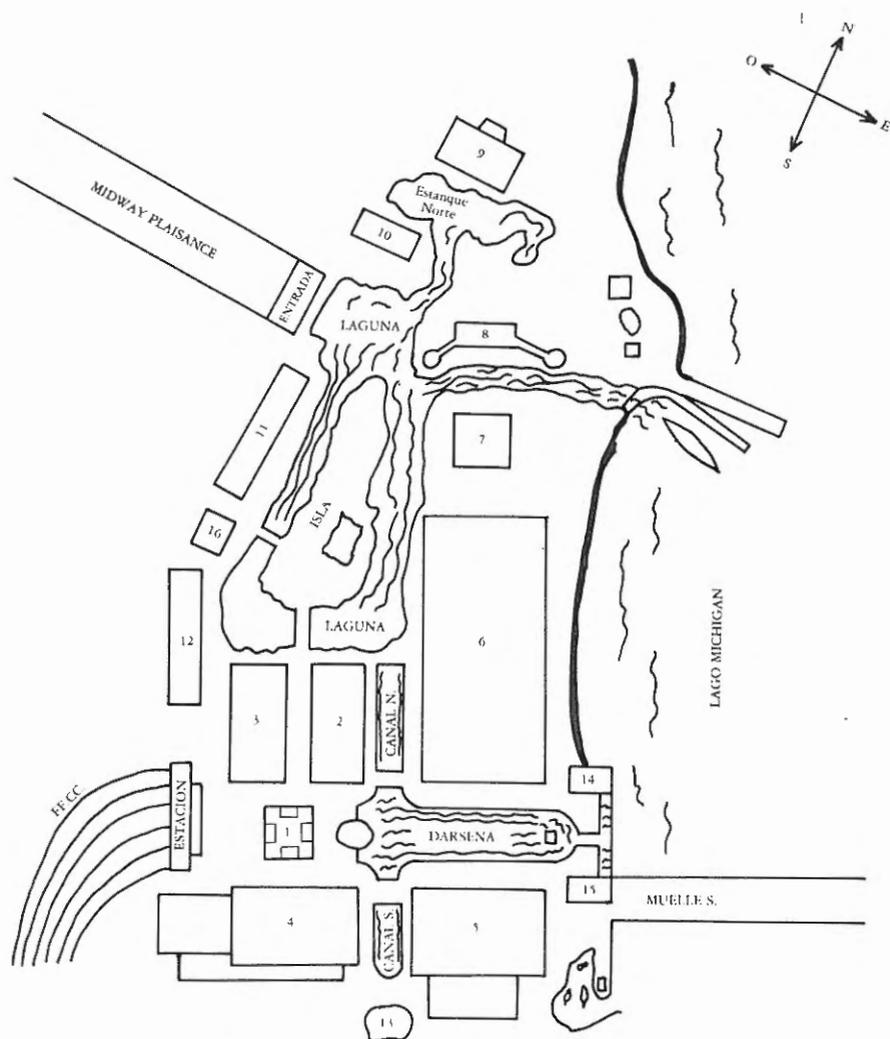
EXPOSICION MUNDIAL COLOMBINA DE CHICAGO DE 1893
PLANO ESQUEMATICO DEL RECINTO

Figura 1

TABLA I

Los grandes pabellones de la Exposición Mundial Colombina de Chicago

Núm. en el plano	Nombre	Arquitectos	Dimens. en metros	Costo en dólares
1	Administración	Hunt, R. M.	72 × 72	494.000
2	Electricidad	Van Brunt y Howe	92 × 257	432.675
3	Minas	Beman y Solon	107 × 213	256.447
4	Maquinaria	Peabody y Sterns	154 × 258	893.090
5	Agricultura	Mc Kim, Mead, White	152 × 244	263.840
6	Manufacturas	Post, G. B.	240 × 514	1.837.601
7	Gobierno Federal	Edbrooke, W. J.	115 × 134	400.000
8	Pesquerías	Cobb	50 × 112	216.333
9	Bellas Artes	Atwood	98 × 153	541.791
10	Mujer	Hayden, Sofía	60 × 118	140.148
11	Horticultura	Jennie y Mundie	76 × 309	268.850
12	Transportes	Sullivan	78 × 293	312.324

OTRAS EDIFICACIONES

13	Stock	Holabird y Roche	85 × 134	(?)
14,	Peristilo (incluye			
15	Auditorio y Casino)	Atwood	300 m.	300.000
16	Teatro	Whitehouse, F. M.	50 × 50	(?)



Figura 2: Vista panorámica de la Dársena desde el techo del Pabellón de Administración.



Figura 3: El Pabellón de Bellas Artes.

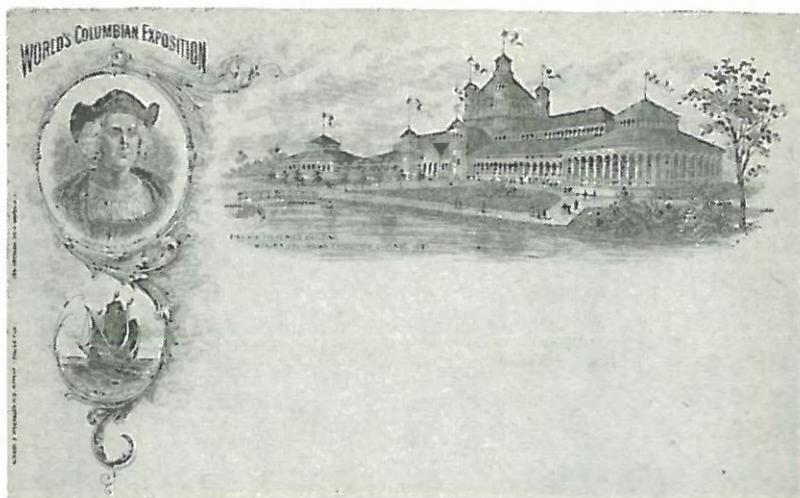


Figura 4: El Pabellón de Pesquerías. Tarjeta postal de la época.

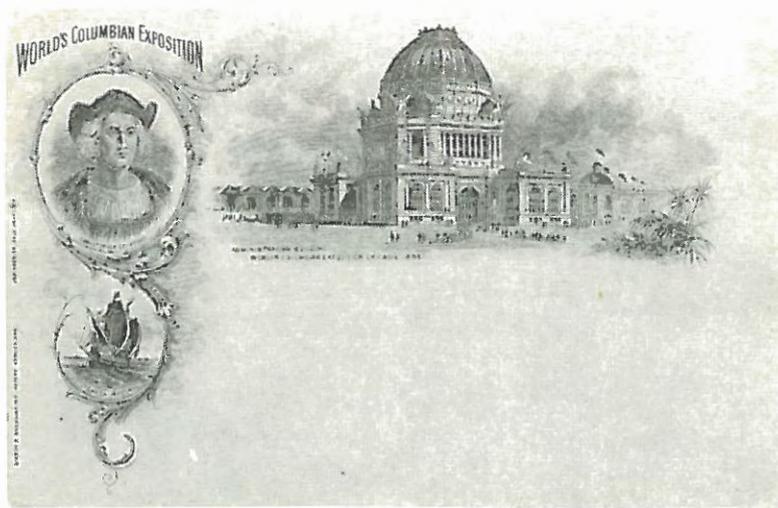


Figura 5: El Pabellón de Administración. Tarjeta postal de la época.